

citaba á la criada y ella se defendía, siendo más casta que él; mas como perseverase en su porfía, el P. Almeida, acordándose de lo que S. Francisco Javier hizo para reprimir á un hombre lascivo, que fué herir sus espaldas con sangrienta disciplina; hizo lo mismo el siervo de Dios, y, oyéndolo el Sacerdote, se disciplinó rigurosamente, de que el clérigo concibió tal temor que contrito y humillado comenzó á dar voces diciendo: «Basta, Padre, basta la penitencia que haceis por mí, que á mí me pesa de lo hecho y me arrepiento de corazón.» Y diciendo y haciendo salió de la casa y pasó á otra por huir de la ocasion, y contó lo que le habia sucedido con el siervo de Dios.

Más admirable fué lo que le sucedió otra vez estando con tres religiosos, los cuales comenzaron á murmurar de una persona seglar, no cosas graves, ni que la quitaban su reputacion; pero el P. Almeida, que nunca supo murmurar sino alabar á todos, procuró estorbar la plática, y como no pudiese vencerlos levantó las manos al cielo, diciendo: «Basta, basta, que del mismo demonio no puedo sufrir que se diga mal:» y fué tal su sentimiento que brotó sangre viva por las mejillas, que corrió hasta la tierra y le quedaron por algunos días las señales con admiracion de los presentes, que despues lo testificaron con juramento en la informacion que se hizo en órden á su canonizacion: tal fué siempre el celo que tuvo de los prójimos y de que en la más mínima cosa no se ofendiese el Señor.

No olvidemos lo que le sucedió con otro religioso, que es milagroso testimonio del ardiente celo que tenia de la salvacion de las almas, y fué que, vencido del comun enemigo, trataba de renunciar los hábitos y dejar la religion, que era dejar la salvacion. Estando el P. Almeida muchas leguas ausente, tuvo revelacion de Dios de su resolucion, y por virtud divina le apareció en el lugar en que estaba el religioso distante, y entrando por sus puertas, le afeó su mal intento y le reprendió con tal espíritu y tanta fuerza de razones, amenazándole con los castigos de Dios, que el religioso se compungió y trocó en otro hombre, determinando en aquel punto de perder mil vidas ántes que dejar la religion. Con esto le dejó el P. Almeida, que habia venido de tan léjos traído milagrosamente á sólo remediar su alma, sin haberse visto los dos jamas; pero ordenó Dios que el religioso fuese despues á la tierra donde estaba el P. Almeida, y en viéndole, le conoció y se arrojó á sus pies para besarle la mano como á padre y amparo á quien decia deber su salvacion. El Padre le abrazó con gran cariño y le pidió que callase lo que pasó entre los dos; pero el buen religioso, aunque calló por algun tiempo, despues lo publicó, juzgando que convenia para el crédito del P. Almeida y para la gloria de Dios, que tales cosas obraba por su medio para el bien de las almas y su salvacion.

XII

Refiérense algunas de las cosas admirables que obró Dios por su medio.

Muchos son los milagros y cosas maravillosas que se cuentan haber obrado la divina mano por medio de este siervo de Dios, de los cuales referiré algunos, los más ciertos y probados en su informacion:

El primero fué en una aldea de S. Pablo, adonde Miguel de Almeida, hombre honrado y rico, de 80 años de edad, tenia una criada de la gente de la tierra, que se llamaba Grimaneza, ciega de ambos ojos y enferma de otras dolencias. Acertó á llegar allí el P. Almeida, que andaba sacramentando á los indios y negros, y movido á compasion, la dijo los Evangelios, poniéndole las manos sobre la cabeza y los ojos, y añadió para consolarla: «Confie, hija, que muy presto tendrá vista y entera salud.» El Padre lo dijo y Dios lo obró, porque luego abrió los ojos, y recuperó la vista, y se halló del todo sana con igual gozo suyo y admiracion de todos, que no cesaban de dar á Dios gracias y ensalzar la virtud de quien tales cosas obraba.

En S. Pablo estaba Esperanza Camacho, mujer de Francisco Rodriguez, en peligro de muerte por tener atravesada la criatura en el vientre sin poder echarla: llamaron al P. Almeida para que la confesase y ayudase á bien morir, por haberla desahuciado los médicos. El Padre la confesó, le dijo los Evangelios y le echó su bendicion, haciendo sobre ella la señal de la cruz, y luego dió á luz la criatura con admiracion de todos, y en particular de los médicos, que juraron en el proceso que habia sido milagrosa y sobre toda fuerza natural.

Un ciudadano que se llamaba Blas Mendez, estaba muy apretado de una grave enfermedad: fué el P. Juan de Almeida á consolarle, díjole los Evangelios conforme á su costumbre, y luego añadió: «Señor, no tengais temor, porque con el favor de Dios no morireis de esta enfermedad; pero, aunque alcanzareis salud, os aviso que dentro de un año tendreis otra que será la última de vuestra vida, por lo cual vivid muy advertido y preparado.» Todo sucedió así como lo profetizó el siervo de Dios, porque desde aquel día mejoró y estuvo bueno, y dentro de un año enfermó y murió, como el Padre se lo dijo, con prendas ciertas de su salvacion.

Un indio llamado Pablo, de la aldea de la Concepcion, llegó á lo último de la vida, á juicio de todos tan enfermo, que naturalmente era imposible vivir. Visitóle el P. Almeida, consolóle y esforzóle con sus dulces palabras, y haciendo sobre su cabeza la señal de la cruz dijo: «Confia, hijo, en la bondad

de Dios, que dentro de dos dias te has de levantar sano.» Apénas se cumplieron, cuando se cumplió su profecía, dándole Dios salud por la intercesion y méritos de su siervo, del cual testificó con juramento el capitan Antonio Rodriguez en el proceso de su canonizacion, que le vió muchas veces recibir en sus manos las criaturas enfermas que le traian sus padres para que las bendijese, y volverlas sanas, haciendo sobre ellas la señal de la Cruz, que es testimonio claro de haberle dado Dios don de sanidad, como á los Apóstoles cuando los envió á predicar.

Caminando el siervo de Dios á sus misiones por las aldeas de S. Pablo, encontró á un hombre de la ciudad que se llamaba Sebastian Gil; trabó pláticas con él, y el buen hombre le dijo cómo iba muy fatigado de un brazo, que hacia muchos dias tenia baldado sin poderse valer de él. Compadecióse el Padre de su trabajo, y extendiendo la mano hizo la señal de la cruz sobre el brazo enfermo, y al punto quedó sano, y el Padre se despidió diciendo: «No digais en adelante que os duele ese brazo y caminad en buena hora.» Luego le extendió y jugó de él, como del que tenia sano, hallándole bueno y fuerte, sin dolor alguno, con gozo y admiracion de lo que obraba Dios por mano del santo Padre.

Vinieron á llamarle de una casa del campo algo léjos de la ciudad, para confesar á una enferma. El Padre fué á pié como solia, y los dueños no permitieron que volviese á pié atendiendo á sus muchos años, y su instancia fué tal, que el Padre se rindió mal de su grado, por no parecer grosero y que despreciaba su agasajo (que no contradice la virtud á la cortesía ni la urbanidad al alma) y á usanza de la tierra, vinieron dos indios con una hamaca de red para llevarle. Entró en ella á vista de los dueños, y los indios caminaron llevándole en ella; pero á ménos de tiro de arcabuz se les hizo tan leve como si no llevaran carga, y decian el uno al otro: «¿Habeis visto qué poco pesa el Padre? No pesa, no pesa una paja,» y con el alivio que sentian, caminaron lijeros; pero no tanto que no los venciese el P. Almeida, porque cuando llegaron á la portería del colegio, le hallaron tocando la campanilla, y con extraña admiracion miraron la hamaca y no le hallaron, reconociendo que por virtud divina habia salido de ella y venido á pié á su casa, y certificáronse más cuando vieron sonreirse al Padre del santo engaño con que los habia burlado, el cual publicaron luego así á sus dueños, como á sus deudos y amigos, con pasmo y admiracion de todos, no cesando de ensalzar la insigne santidad de quien tales maravillas obraba.

Juntemos con esta la que le sucedió llamándole á otra confesion en tiempo que las nubes se deshacian en agua, y, aunque era bastante causa para excusar la jornada, estuvo tan léjos de esto, que luego tomó su manto, y

con un compañero partió adonde le llamaban, confesarla, y Dios premió su fervorosa caridad, porque, lloviendo copiosamente, no le tocó el agua, y llegó tan enjuto como si no lloviera. Quiso, como humilde, ocultar el milagro, más no pudo porque el compañero llegó tan mojado, que fué necesario mudarle los vestidos calados del agua; que hasta los elementos le respetaban, como se vió en otro caso en que una señora, viuda del capitan Sebastian de Freitas, tenia un sembrado ó cortijo casi seco por la falta del agua y los ardores del sol, que abrasaban la tierra: lamentóse al P. Almeida por la falta que le hacia, y compadecido de ella, tomó un poco de agua, y mezclándola con otra en que habia bautizado á un indio, dijo que rociasen con ella el cercado. Hízose así, y luego reverdeció y á su tiempo dió copiosísima cosecha, con que se remedió aquella viuda necesitada.

Más admirable fué lo que le sucedió con un hombre de S. Pablo, el cual concertó de llevar unos castellanos que pasaban al puerto de Buenos-Aires hasta la Empalizada, desde donde podian ir por tierra al puerto deseado, y ántes de partir á su jornada, consultó al P. Almeida, el cual aseveradamente le dijo que no fuesen porque habian de pasar grandes riesgos él y sus indios y criados. Él vencido del interés atropelló con todo y llevó á los castellanos; pero pagólo á la vuelta tan de contado, que todos cayeron enfermos de un aire contagioso, y saltando en tierra, se echaron en las hamacas colgadas de los árboles, sin poder valerse ni socorrerse unos á otros. Estando en este conflicto, oyó una voz que dijo llamándole por su nombre: «Tomad ese cántaro de miel y ese corcho de harina, y ese cuarto de carne, comed y dad de comer á vuestra gente y caminad á vuestra casa.» Levantó la cabeza hácia donde oyó la voz, y vió claramente al P. Almeida que estaba muchas leguas de allí. Dióle voces diciendo: «Padre mio, Padre mio, no os vayais,» pero luego desapareció, y mirando al suelo, vió la miel, la harina y el carnero, de lo cual comieron todos; y añadiendo milagros á milagros, como si fuera triaca de su enfermedad, sanaron todos y se pusieron en camino para la ciudad, y el hombre agradecido fué luego á buscar al P. Almeida, ántes de entrar en su casa, para darle las gracias, y sabiendo que estaba en una aldea, fué allá, y postrado á sus pies, le dió mil gracias por la merced que le habia hecho, y el Padre le dijo que las diese á Dios y á la Reina del cielo por cuya intercesion habian sanado él y toda su gente; y que partiese á su casa, porque su mujer estaba desconsoladísima por su tardanza. A todo obedeció y fué perpetuo pregonero de la santidad del P. Almeida y de las obras admirables que Dios hacia por medio suyo.

Pongamos fin á este capítulo con lo que sucedió por este tiempo á un tercio de portugueses que, ciegos con la codicia, juntaron gente para hacer in-

vasiones en los indios de la sierra, á los cuales exhortó el P. Almeida que no fuesen porque les sucedería muy mal. No le creyeron, y fueron derrotados de los contrarios y muertos muchos, y los demás volvieron huyendo: entre ellos habia uno conocido del Padre que se llamaba Domingo Maciel, de quien vino nueva á su mujer, que se llamaba María Alvarenga, de que habia muerto. Vitióse de luto y lloró á su marido, y trató de hacerle exequias; súpolo el P. Juan y vino á consolarla, y con toda aseveracion, le dijo que su marido estaba vivo y que llegaría bueno á su casa la víspera de Navidad, y que así luego dejase el luto, el llanto y las exequias, y las trocase en accion de gracias por la merced que Dios le hacia. La mujer le dió crédito, y todo sucedió como el P. Almeida dijo, con grande gozo de ambos y crédito suyo, teniéndole todos por santo profeta.

XIII

Prosigue la misma materia de sus milagros y profecias, revelaciones y apariciones en provecho de las almas.

Estando en la villa de los Santos, le llamaron para confesar á Miguel de Andrade Leytan, que estaba muy enfermo: entró el siervo de Dios en el aposento, tan cerrado y oscuro, que no se veian unos á otros; pero la luz que tenia en su alma, brotó en toda la pieza, y la clarificó de manera, como si la bañara el sol; y habiéndole confesado, le ofreció la salud y se la dió desde aquel punto, y saliendo de la sala, salió con él la luz y quedó como de ántes oscura, y el enfermo con salud.

Refiriendo este suceso, afirmó con juramento otro ciudadano, cuyo nombre era Miguel Ribero Castaño, que diciendo el Padre Misa, y llegando á la consagracion, le habia visto muchas veces resplandecer el rostro y la cabeza, y arrojar de sí unas luces como rayos del sol. Y no era nueva maravilla que brotase en el cuerpo el fuego y ardor de su espíritu, como se lee de otros santos en semejante ocasion.

El Maese de Campo, Luis Ribero de Silva, estaba muy enfermo en la ciudad de Riojaneiro el año de mil y seiscientos y cuarenta y nueve: fué á confesarle el P. Almeida y hallóle muy fatigado de la orina y dolores de piedra, con poca ó ninguna esperanza de la vida; mas el siervo de Dios le animó, exhortándole á que tuviese confianza en Dios, y luego, con imperio de Santo, mandó en nombre de Dios y de su madre admirable la Virgen Santa María, á la enfermedad, que le dejase, la cual obedeció á su mandato y quedó bueno

y sano, dando mil gracias á Dios y al P. Juan de Almeida, por cuya intercesion le habia venido la salud.

El P. Simon de Vasconcelos padeció dos meses enteros una gravísima y molesta enfermedad de calenturas y postemas que se le abrieron en las caderas, con vehementes dolores. Hiciéronle varios remedios con poco fruto, lo cual visto por el P. Juan de Almeida, movido de caridad, le dijo: «Padre mio, tenga mucha confianza en Dios, que yo le tengo de hacer una medicina con que alcance salud,» y luégo se hincó de rodillas delante de la imagen de Cristo crucificado, y besando sus llagas muchas veces con ternura y devocion, las tocó con las manos, y luego como si llevara en ellas la salud, las puso sobre la parte lesa del enfermo, invocó con gran fervor cinco veces los nombres de Cristo, del Santísimo Sacramento, de la Virgen admirable, de S. Ignacio y S. Francisco Javier, y dijo al enfermo que reposase: pudo hacerlo, porque le cesó el dolor, y á la mañana fué el P. Almeida á una ermita de Nuestra Señora del Destierro, que estaba fuera de la ciudad, á darle gracias por la salud del P. Vasconcelos, porque cuando volvió, le halló bueno y tan convalecido, que se vistió y levantó de la cama como en entera salud, con pasmo de los médicos y admiracion de todos los que poco ántes le vieron tan enfermo, obrando Dios este milagro por la oracion y méritos de su siervo.

En el mismo colegio dió salud milagrosamente al H. Juan de Oliveira, estando ético confirmado y sin esperanza de remedio, y á otro Hermano tísico, que se llamaba Domingo García, del mismo colegio, y al capitán Francisco Barreto Furia, desahuciado de los médicos por una postema interior de que lanzaba materia por varias partes del cuerpo, y tocándole el P. Almeida con la mano, é invocando el nombre de la Madre admirable y su glorioso Esposo S. José, le dió entera salud.

Mayor admiracion causó la salud que dió á Isabel de Mariz, mujer de Francisco de Acosta Barros, la cual estaba agonizando y sin sentidos, la mortaja y los lutos preparados para su entierro, cuando entró el P. Almeida á visitarla sin ser llamado: púsole la mano en la cabeza; dijole los Evangelios, y llamó á su marido que la estaba llorando y trocóle el llanto en gozo, porque luego, ántes de salir de su casa, volvió en sus sentidos, habló y mejoró y estuvo sana, con pasmo de todos y gozo increíble de sus parientes y amigos, que fueron pregoneros de la santidad del Padre y de las maravillas que Dios obraba por su mano.

La fama de este milagro voló por toda la tierra como la de Cristo en la resurreccion de Lázaro, y concurrieron de todas partes innumerables personas enfermas á que los sanase: el bendito Padre los recibia con humilde encogimiento, diciendo á todos que él era un indigno pecador, merecedor de